

La acompañante

María Fasce

Era el día del amigo, una de esas fechas sin sentido que los argentinos celebramos religiosamente, para asegurarnos hitos que marquen el insípido camino del año. Mientras caminaba por Santa Fe veía grupos de adolescentes congregarse en una esquina, saludarse ruidosamente, entrar en bares donde ya había otros grupos, también ruidosos, también exageradamente alegres. Yo ya no era una adolescente, pero también llegué, a la hora señalada, al bar establecido, a reunirme con mi grupo, apenas menos ruidoso y alegre.

La primera en llegar, pensé. Elegí una de las pocas mesas que quedaban libres y me senté mirando hacia la calle. El mozo iba y venía con la bandeja llena pero no parecía reparar en mi presencia. Aparté la taza vacía y la jarra con agua, y decidí empezar a leer el libro de Nina Berberova que acababa de comprar en una librería de Callao, pero los ruidos, las risas y los diálogos que llegaban por oleadas desde las mesas vecinas hacían imposible mi viaje a San Petersburgo. Pensé también que mis amigas podían interpretar esa actitud de espera —tan incongruente con el día y el lugar— como una pose de pretendida intelectualidad, de modo que guardé el libro dentro de la cartera y llamé al mozo.

Fernanda apareció unos minutos después, la lluvia o el trabajo habrían impedido la llegada de las otras. Pidió ella también un café, y apenas pudimos conversar una hora: a las seis tenía otra cita, en otro bar, con otro grupo de amigas.

Me quedé nuevamente sola, frente a las dos tazas vacías, mirando la gente y los autos bajo la lluvia, comiendo los chocolates que el mozo había traído con el café y pensando que no debería comerlos. Volví a *La acompañante* y antes de comenzar la quinta página miré otra vez hacia la calle.

—Siempre es así —dijo una mujer sentada a mi izquierda que miraba fijo las tazas de mi mesa— Yo llegué hace media hora y recién acaba de atenderme.

—No, a mí ya me atendieron —respondí volviendo inmediatamente a la lectura. Esas pequeñas solidaridades de los desconocidos nunca vienen solas.

Después de un tiempo prudencial volví a mirarla. Era tan ajena al lugar como los personajes de mi libro. Muchas veces me había sentado junto a mujeres parecidas en el colectivo, o las había cruzado por la calle: no tenía arrugas pero los rasgos habían perdido intensidad, como el azul del saco de lana que llevaba puesto. Mujeres que acaso nunca habían sido bonitas, pero a las que el trabajo de la casa y la falta de dinero les habían quitado el tiempo y las ganas de tratar de serlo. El gastado impermeable, el paraguas automático y floreado sobre la silla, junto a la bolsa de plástico del supermercado, la pollera a cuadros por debajo de las rodillas redondas, la media corrida a la altura del tobillo, apenas disimulada con esmalte de uñas, los zapatos bajos que ocultaban unos pies demasiado anchos. Tenía la vista fija en algo que yo, de frente a la calle, no podía ver. Sumergía la medialuna en el café con leche y se la llevaba a la boca sin dejar de mirar hacia el fondo del bar.

—Me reconoce, ¿no? —dijo de pronto volviendo hacia mí la cara blanca y brillante, y sujetando con una horquilla un mechón rebelde en un gesto de torpe coquetería—. Vengo casi todos los días, a esta hora. Ya es una costumbre.

—No, señora, yo es la primera vez que vengo — quise concluir con una sonrisa, y volví al libro.

—Ése que está allá, en la mesa del fondo, es mi marido. Él también viene siempre, después del trabajo.

Simulé no oírla ni advertir el absurdo aparente de sus palabras. No me di vuelta y seguí leyendo. Pero la mujer continuó.

—Una tarde lo vi por casualidad, cuando venía del supermercado, como ahora.

Terminó la segunda medialuna y su taza de café con leche pero yo, anclada en la novena página de mi libro, no quería abrigar falsas esperanzas de un silencio definitivo. No podía irme del bar porque estaba lloviendo y no tenía paraguas, de modo que empezaba a considerar la posibilidad de cambiarme de mesa cuando la mujer retomó su monólogo.

—La rubia que viene con él es siempre la misma.

Él la toma de las manos y me mira, ¿ve?, y se ríen todo el tiempo, y él se acomoda la corbata.

Me hablaba tranquilamente, como a una ciega que ha pedido que le describan una escena sin mayor importancia, que no puede ver. Y yo, como una ciega, fijaba la vista en dirección opuesta, en algún punto indefinido más allá del vidrio.

—Sabe, a ella nunca le veo la cara porque antes tengo que ir a buscar a los chicos al colegio, dejarlos en lo de mi mamá hasta la hora de la cena, y recién entonces puedo venir, vio, a eso de las seis, a veces más tarde si tengo que ir a comprar algo. Él sale de la oficina a las cinco, y para cuando llego ya se sentaron. Siempre allá en el fondo, él de frente a mí y ella dándome la espalda. Pero es siempre la misma, de eso estoy segura.

Me miró inexpresivamente, luego se volvió como si alguien la hubiera llamado, y miró ella también hacia la calle, la gente, los autos.

—Parece que está lloviendo otra vez, qué tiempo loco —comentó, yo asentí—. Bueno, ya me tengo que ir. Él llega dentro de una hora, un poco antes del noticiero de las nueve. —Lo miró nuevamente, como despidiéndose. Me pareció ver en su cara cierta ternura incomprensible, quizás era sólo cansancio.— Entonces nos sentamos los cinco a la mesa, frente al televisor. —Su voz ya no era la misma, mientras

hablaba buscó en la bolsa un monedero grande, de hule, y sacó el dinero que luego dejaría sobre la mesa—. Y a veces, cuando le alcanzo el plato me mira, me mira como... Creo que me mira más bien como buscando ayuda, ¿sabe?, como pidiéndome que lo deje de una vez. Que lo dejemos todos, yo, los chicos, para que él pueda vivir tranquilo. Con la rubia ha de ser. Cuando me mira así yo le digo que tiene cara de cansado, y es verdad. Pero los chicos le muestran los cuadernos, se le sientan en las rodillas.

Se levantó y me pareció más baja, más pequeña. Estiró hacia abajo el saco de lana azul con un gesto que yo había visto muchas veces, y que había olvidado, volvió a sujetarse torpemente el pelo, recogió el impermeable, el paraguas y la bolsa de plástico, y acercó con cuidado la silla a la mesa, como si estuviera en su casa.

—Bueno, ahora sí me voy, señorita. Y la dejo leer tranquila, que con tanta charla...

Volví a mi lectura, pero alguien había olvidado cerrar la puerta, y hacía demasiado frío. Además ya era muy tarde.

Al salir miré hacia el fondo. Una columna me impedía ver al hombre bajo y sonriente, los bigotes y la corbata ancha. Y su rubia de grandes aros dorados, el colorado barato del rouge y del esmalte, las medias nuevas.



Volver

Pablo se acordaba inexplicablemente de "Volver", el tango que su padre le había hecho escuchar una vez, hacía mucho tiempo, en el Winco destartalado. Entonces le había parecido demasiado pretencioso y exagerado, como todos los tangos. En cinco minutos aterrizaría en Ezeiza.

Del otro lado de la ventanilla la ciudad se dividía acá, en cuadraditos grises y ordenados, más allá, en polígonos verdes. Todo era irreconocible. Excepto el Delta que nunca había visitado y que descubriera en una librería de Barcelona, en una mala foto de un libro sobre Buenos Aires, y en otro libro que comprara más tarde, en la misma librería, por curiosidad, porque le gustaba el título, la ilustración de la tapa, porque la autora era argentina. Y allí estaba, levemente distinto de la fotografía —como siempre sucede—, el río ancho y marrón entre los árboles oscuros.

Luego fue el desorden de valijas y pasaportes, y la gente agolpándose. Carteles de bienvenida, abrazos, risas y gritos de los que Pablo no participaba, porque no había querido avisar a nadie. Como tampoco nadie supo, dos años atrás, que ya tenía los pasajes para irse, al otro día, a España. Y que no se preocuparan, que se las arreglaría, que necesitaba hacerlo, que nunca sería abogado. Nada había dicho de la rabia de sentirse inútil, de las discusiones cotidianas que ya no soportaba, de la novia que acababa de dejarlo. Ahora nadie lo esperaba y sin embargo, mientras se iba abriendo paso con la mochila y la valija marrón, buscaba una cara, una voz conocida, le parecía oír su nombre.

Esperando el taxi recuperó el olor, el olor del aire en Buenos Aires, en invierno. El argentinismo le surgió espontáneamente ni bien tuvo que discutir el

precio con el taxista. Los dos quedaron satisfechos aunque, como es lógico, aparentaran lo contrario.

El viaje hasta Banfield era largo. Hablaron de fútbol, del gobierno. Nada cambiaba. Y fíjese esta autopista, ¿sabe lo que es esto de noche? Una vergüenza. Imagínese los turistas que llegan, no hay iluminación, no hay indicaciones. Y ni le cuento lo que es el centro. Ayer estaba todo inundado. Y si no se inunda son los baches, y las calles que rompen pero nunca que encima nunca funcionan... Ya no se puede ni caminar, ni andar en auto. Pero cuénteme un poco, allá se vive bárbaro, ¿no? Y sí, es otra cosa, aunque más no sea España. Imagínese lo que debe ser Estados Unidos. Yo le digo a mi pibe, pero con el inglés no hay caso.

Ni inglés, ni abogacía, ni medicina, a Pablo nada le gustaba. Bueno, sí, estar con sus amigos, la música, el fútbol. No le gustaba nada. Imaginó las preguntas, la sorpresa, el diálogo después, quizá por la noche. Y su madre corriendo a comprarle dulce de leche, poniendo la carne en el horno, pelando las papas. Todo sería más fácil ahora. Ya sabía qué le diría a su padre.

Hizo detener el taxi dos cuadras antes, y a pesar de la negociación previa en el aeropuerto, sacó del bolsillo los dólares que el taxista había exigido al principio, cuando no se conocían todavía. Se despidieron con un abrazo, pomposamente, como son las despedidas argentinas; el otro bromeó: "No hay caso, viejo, Racing es como todo acá, siempre mal, pero la esperanza no la perdés nunca, y a esta altura del partido, cambiarte de equipo...". No era eso. Pablo ahora de vuelta, empezaba a comprenderlo.

Caminó esas dos cuadras lentamente. Había algo de forzado y de inevitable en lo que hacía: miraba el cielo, los pocos negocios aún cerrados, los paraísos sin hojas —era junio—. Creía adivinar rasgos conocidos detrás de las ventanas. Intuía un no sé qué de literario y de cinematográfico en sus movimientos. Y le gustaba. Le gustaba esa escena, le gustaba su personaje, y el guión que vendría.

Habían vuelto a pintar el frente, otra vez ese color crema que tanto le molestaba. Su casa parecía un gran helado. Y la puerta del garage mal cerrada, seguramente la tía, que había ido a la panadería a buscar las primeras medialunas, que son siempre las mejores. Agradeció no tener que tocar el timbre, dejó la mochila y la valija en el corredor y, sin encender la luz, subió lentamente las escaleras. Imaginó los minutos siguientes, el alboroto, los llamados, los vecinos.

Al entrar en la cocina silenciosa y tibia confirmó que era domingo. Su padre, con el pijama celeste y el pelo quizá más blanco, quizá no, leía el diario junto a la ventana que da al jardín. Cada tanto, con el mate en la mano, observaba el laurel sin flores moviéndose con el viento. Más allá habían levantado un edificio enorme y gris que ocultaba casi todo el cielo, pero seguramente para su padre estaba sólo el laurel.

Y después se vio a sí mismo, allí, acodado sobre la mesa de la cocina, inclinado sobre la sección de deportes. Entonces comprendió. Se acomodó lentamente en esa figura, y era fácil, porque todo coincidía. Y después, un poco después, fue la voz de su padre, sin apartar la vista del laurel, o del diario:

—Termino éste y ya podés ponerle azúcar.

